

EL GAMONAL

Mucho antes del amanecer, y eso que á principios de Julio amanece pronto, comenzó á sentirse ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pasos de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones, cotos hasta aquel día bajo la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan, y de donde, en cuanto empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero se ponen tezosos y lucidos para la venta, si llega el caso.

Mas en el Valle, los gamones están cotos siempre, hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser alrededor de San

Pedro, y entonces se dañó ó se descotan en dos días distintos. El primer día, solamente los destinados al verrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejiguera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto para él solo el mejor gamonal y más descansado: la Majada-Vieja.

El segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Este era el día de referencia, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en la villa, ordinariamente tranquila y sosegada; ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar bien la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y corrían y voceaban llamándose unos á otros.

—¡Tía Mari-Manuela!—gritaba una voz femenil muy delgada llamando á la ventana de una cocina donde había luz.—¿Se levantó ya Juan?

—No, hija, no: todavía está durmiendo,

—la contestaba desde dentro la interrogada.

—Claro—replicaba la de fuera:—tardío anochecedor, mal madrugador. Andaba por la calle á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

—Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar?

—No señora, no; dígame que se levante á prisa, que marchamos... que vamos á los Abellanes.

—¡Tía Luisa!—voceaba otra muchacha golpeando á una puerta con un canto,—¿marchó ya la su gente?

—Sí, mujer... ¡cuánto hace!—la respondían de dentro.

—¿A dónde iban?

—A Valmañida... y ya estarán cerca de allá.

—¡Vaya! ¡bien madrugaron!

—Casi no dormieron.

—¡Pepe!—llamaba un mozo á otro con voz atronadora.

—¡Qué quieres!...

—¿Tienes un cordel que no te haga falta?

—No tengo más que el de tornar los novillos: entra en el corral y quítale del arado, que allí está arregucido á la esteva.

—Pues espérame.

—No, que ya van los otros andando... ¡Corre!...

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete rozadores, en su mayoría rapaces y rapazas y mozas, y con cada cuadrilla iba un mozo de *bajador*: todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que, naturalmente, habían de ser de los pueblos de redor, porque dentro de la villa era inútil buscarlos, pues el que más y el que menos tenía que rozar para su casa.

Lo más que se podía conseguir entre vecinos, era algún cambio, á saber: que de una casa en la que había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra familia donde no hubiera más que mujeres, dándoles una de éstas en cambio para rozadora.

Iban éstas todas muy majas, como si fueran á una romería. Y realmente poco menos viene á ser el gamonal, pues de mediodía en adelante, apenas se hace otra cosa más que bailar y divertirse. Únicamente por la mañana es cuando se rozan gamones con garbo.

El labor en sí, no es difícil ni trabajoso; pero si se quiere aguantar á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, casi tanto como para ser cortesano ó para segar á hoz, que son dos oficios de

los peores que puede haber en el mundo.

Y como á la tarde se ha de ver el trabajo y la habilidad de cada cuadrilla en la cama de gamones que ha rozado, ninguna de aquéllas quiere quedarse atrás ni por bajo de otra: todas quieren sobresalir, y así es que andan con mucho afán á ver quién más aguanta.

Consiste la operación en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo; y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea. Cuando se llega á reunir un buen sobacado, se posa en el suelo en una vereda ú otro sitio visible, para que el bajador le encuentre fácilmente, y á juntar otro...

El bajador, armado de un cordel de cáñamo ó de lino, va luego recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de unos con las cimas de otros, hasta juntar una buena carga; formada ésta, la ata fuertemente con el cordel, y sentándose en el suelo la agarra, se levanta como puede, la baja á cuestas á la *cama*, que se hará en una campera en la falda del monte, y vuelve á subir por otra.

En la campera se tienden luego los gamones á secar al sol, y á los pocos días se vuelve por ellos con el carro y se llevan á recoger en la tenada ó en el desván para gastarlos en el invierno; pues cocidos y espolvoreados con un poco de harina, son un gran alimento, no sólo para los de la vista baja, sino para toda clase de ganado.

Al bañar por entero el sol de la mañana las frondosas laderas del valle, el gamonal ofrece á la lejanía un aspecto fantástico. Acá y allá se ven, á través del ramaje, los gamones recién arrancados, cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastando con lo verde del fondo... Se ven los bajadores que en mangas de camisa descienden por los trecheros y vuelven á subir y cruzan de un lado á otro y aparecen y desaparecen entre la maleza reuniendo los sobacados y haciendo las cargas... Se ven las rozadoras que, habiéndose quitado las galas para no deslustrarlas con el rocío ni hacerlas jirones entre las escobas, quedándose con los zagalejos encarnados, al moverse acompasadamente y erguirse y agacharse sobre el pastazo asoleado y amarillento de las escampadas del monte, parecen amapolas medidas por el aura en el trigo maduro. Y luego, con la alegría que por todas partes derrama la luz del sol, que en aquellas horas

tempranas todavía no sofoca ni quema, la gente se desentumece y se entusiasma, los rapaces se vocean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar alguna tonada nueva, recién traída de otro país, y los mozos sueltan tras de cada cantar un relinchido atronador, que repercute en todos los ámbitos del monte, llenándolos de regocijo y de vida.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, salía también con dirección al gamonal una persona de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes y muy repletas, pues llevaba, además del almuerzo, la comida de mediodía y la merienda.

Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera por lo bajo:

—No sé si tú volverás así tan derecho á la tarde. Milagro será que dejes de mangarla...

Porque es de advertir que Antonino tenía fama de ser aficionado al morapio, y fama no injusta ni mal adquirida... Como que solía coger cada turca que temblaba el misterio.

Un rato después salía su amigo Evencio

montado en una yegua, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron los dos en conversación, cortando un vestido al alcalde porque había tardado en dar los gamones.

—Caloroso va á estar hoy el día—dijo Evencio,—según está el cielo de despejado, que no se ve ni una nube como una cardada de lana... Te aseguro que nos va á calentar el sol de lo bien.

—No digas que nos va á calentar—le contestó el otro;—dí que nos va á abrasar vivos... Con lo adelantada que está la estación... porque hay que tener en cuenta que es mucho más tarde que otros años.

—Sí: algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 9 de Julio.

—No se ha visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

—Pues buena lástima ha sido dejarlos perderse... este año que dicen que había muchos.

—Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras; porque, ya se sabe: año de gamones, año de montones... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

—Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, «asno sea quien asno batea», y quien pone hombres así en esos cargos es quien debía pagar por ellos, por ser quien tiene más culpa.

—Culpa tendrá quien le puso; pero más tiene él de las barbaridades que hace, porque nadie le manda hacerlas, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

—¡Quita, hombre! Eso sí que sería errar el golpe, y, por dar en el asno, dar en la albarda... ¿Qué culpa tiene el pobre Fernandón de no tener entendimiento?...

—Anda que, aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones? Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos; y como no podía menos de echar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos... Por eso esperó él á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

—Yo creía que aguardaba á que acabaran de venir los carros de Campos.

—¡Quía! no lo creas: eso ¿qué le importaba á él? Además, que ya hace cuatro ó cinco días que llegaron los últimos... Hombre, y á propósito... ¿qué tal vino habrán traído?

—Bueno, muy rico, de la Moraleja... Lo probé anteanoche en casa del Cojo.

—Ahí tienes el vecino más afortunado, y el único, puede decirse, á quien tengo envidia en el pueblo.

—Pues ¿por qué, hombre? No será porque es cojo...

—No, porque es tabernero... ¿Te parece poca fortuna eso de poder beber vino cuando quiere?

—Lo mismo podemos beberlo tú y yo y cualquiera...

—Te equivocas...

—Teniendo cuartos...

—¡Ahora dijiste! Pero como no los solemos tener, á lo menos yo, por mí, casi nunca los tengo, no lo puedo beber; y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

—Pero si lo bebe en lugar de venderlo, luego acaba... y más ahora según está de caro. Para traer hoy una carral de vino se necesita un montón de dinero, mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

—No estoy conforme... á mí me falta muchas veces... Y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: «año malo, panadera en todo cabo», porque es difícil que por muy escaso que ande el pan llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino con frecuencia, esté caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

—Pues yo creo que si fuera tabernero no bebería vino, porque, con estarlo oliendo continuamente, se me quitaría la gana... y algunos taberneros dicen que llegan á aborrecerlo.

—No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece que muy malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas, llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino tenía que entrar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de su compañero estaba en Valmañida, otro afluente más lejano.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, que era donde se reunía la gente para almorzar, y como era el último que llegaba y sólo esperaban por él, pues ya estaban allí los almuerzos de todas las demás cuadrillas, comenzaron á sofocarle y á bromear con él, y cada uno le decía la suya.

—¡Qué manera de madrugar!...

—Estarías esperando á que acabara de amanecer...

—Ya creíamos que la cocinera se había caído en la lumbre...

—O que el propio expostulario se había caído en el río...

—O que había ido por vino y había que-

brado el jarro, como le decíamos cuando era rapaz...

-Antonino
Fué por vino,
Quebró el jarro
Pol (1) camino...
¡Pobre jarro!
¡Pobre vino!
¡Pobre culo
de Antonino!

—No ha habido nada de eso—replicaba Antonino mientras se apeaba muy despacio, pues era de lo más cachazudo, é iba sacando poco á poco las provisiones de las alforjas;—no ha habido nada de eso que decís, sino que me junté con Evencio y vinimos los dos en conversación sin apurar á las ballerías.

—¡Ya se conoce!—le replicaban, mientras seguía él sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un rato.

Porque llevaba prevención, no sólo para almorzar, sino también para la comida de mediodía y para la merienda; y luego, como estaba en el mismo valle la cuadrilla del tío Pequeño, con cuya hija trataba de casarse su hijo Luciano, la madre de éste había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Reunida la gente, se formó un gran co-

(1) Contracción de *Por el*.

rro en la campera y comenzó el almuerzo con las sopas de ajo, que iban en anchos barreños de asa. Desocupados éstos, corrió todo alrededor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena del dorado vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén», que dice la Academia, fiel á su costumbre de dejar las cosas sin definir, sólo interrumpida alguna vez que las define al revés del todo. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, cosa que pasa por imposible de hacer, pero que se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después de tener los torreznos fritos en la sartén como para hacer tortilla, en vez de echar encima huevos batidos, se echa un bate de agua y harina, igual que el de hacer buñuelos, se fríe otro poco, se da vuelta como la tortilla, se fríe por el otro lado, y resulta riquísimo.

Una verdadera montaña de frisuelos se había formado en medio del corro sobre un blanco mantel casero, donde se habían ido desocupando los de todas las cuadrillas del valle; pero á la media hora ya la montaña había casi desaparecido.

Verdad es que también había dado ya dos ó tres corridas la cestella del vino blanco, siempre en movimiento hasta desocu-

parse, y había sido sustituida primero por un bote de regulares dimensiones, que también se puso pez con pez, y luego por una panzuda barrila de Guardo... Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapizan y hay que remojarlos á menudo.

Y es verdad asimismo que, sobre lo comedero del manjar y lo frecuente de las aperitivas y tónicas succionas, ayudaba también á comer con gana el buen humor que reinaba y aun gobernaba en la compañía, sostenido y avivado incesantemente con chistes, gracias, cuentos, chascarrillos, recuerdos de sucesos graciosos alusivos á la función ó acaecidos en otra semejante, y con bromas, hazañas y diabluras como la de empujarle un poco la barrila al que estaba bebiendo para hacerle añusgarse y derramar el vino por la pechuga.

Formaba parte del corro un mozo forastero que tenía los pantalones rotos por una rodillera, y conforme estaba sentado de media cancheta enseñando la carne, fué Jacintona, cogió un frisuelo redondo del tamaño del agujero, y se lo plantó en la rodilla diciéndole:

—¡Toma, chacho! Si allá en tu pueblo no había remiendos, ahí tienes uno bien majo.

El pobre mozo se puso encarnado á lo

primero; pero acabó por reirse como todos de la ocurrencia de Jacinta.

Se habló luego de que en Valpobre, donde por no cogerse lino apenas, no tenían alforjas blancas de hilo para llevar comidas al campo, llevaban los frisuelos al gamonal en fardelas de lana jirga...

—¡Cuántos pelos comerán!—dijo uno.

—¡Hombre! Muchísimos—le contestó Pepa la Masera;—pero ellos allá los pasan tan ricamente... Yo una vez que estuve allí á gamones, dí en quitar pelos, quitar pelos... y junté lana casi para unas medias...

Una carcajada general acogió la relación de Pepa.

—¡Qué exagerada eres!—la dijo el primero que acabó de reir...

—Lo mismo que os lo digo—añadió Pepa muy formal,—y así se lo dije también al ama para quien arrancaba.

—Anda, come, moza—me decía ella;—que no haces más que escoger, escoger, y no comes... No tengas miedo, no, que no te esgañas...

—Deje, deje—la contesté,—que no pierdo el tiempo... Antes voy á sacar dos jornales: uno, el que usted me dé en dinero, y otro en lana; que ya tengo aquí una rocada buena...

—¡Arbolaria! ¿A que no se lo dijiste?

—¡Vaya si se lo dije!... Preguntádselo

á Petra la del tío Juanón, que estaba allí conmigo...

Después de los frisuelos, la leche como postre. Un gran ballico de leche recién ordeñada que se consumió la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjuagados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando vuelta al corro y se iba rellenando conforme se vaciaba.

Suscitóse luego la cuestión de si tras de la leche se podía ó no se podía volver á beber vino; y aunque las mujeres votaron todas por la negativa, prevaleció el dictamen de los mozos, que la resolvieron afirmativamente, fundándose en un refrán que sabían ellos y que decía: «Después de la leche... eche».

Echaron, efectivamente, otro trago en consonancia con el refrán, y... cada pájaro á su espiga; es decir, que todos, cada cual por su lado, volvieron á engaramar por el monte para continuar la tarea.

Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á tratar de rozar algún gamón donde no estuviera muy pindio, porque ya no se encontraba suelto y ágil como en otro tiempo para andar por las cuestas... Pero lo que hizo fué volverse pronto á la que-
rencia de las provisiones, donde el primer

bajador que vino á posar una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez, los bajadores, aguardando unos por otros, se reunieron junto al hato para echar un trinquis; pero los rozadores no suspendieron su labor ni bajaron del monte hasta la hora de la comida, y el que tuvo sed la apagó por allá en la primera fuente que encontró al paso.

Cuando fué mediodía bien corrido, uno de los conocedores de la hora dió la voz de ¡já comer!, y todo el mundo fué bajando del monte, tornando á formarse el corro en la campera como por la mañana.

La comida fué aún más animada y más divertida que el almuerzo. Quiénes se tiraban á las fiambres que habían venido por la mañana, y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto: quiénes preferían el clásico puchero que acababa de llegar vaporeando, y que allí en el monte sabía á gloria; pero todos humedecían los bocados con el chispeante líquido encerrado en la cestella ó en el boto, que andaban en rueda sin parar más de lo rigurosamente preciso, y todos contribuían á alegrar con bromas el corro.

Acabada la comida, empezó á sonar alegre y bulliciosa la pandereta, que no se habían olvidado de incluir entre los utensilios de la jornada, y se armó el baile.

Huelga decir que las muchachas, al bajar á comer, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera, se habían ya puesto otra vez las sayas de india y los pañuelos de color de rosa, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente, que pródiga y amable las había hecho el doble oficio de gofaina y de espejo. Así es que todas se presentaban en el baile como de día de fiesta.

Tampoco de la animación y alegría del baile hay que hablar, mereciendo solamente especial mención la frecuencia con que Luciano, el hijo de Antonino, y Cesárea la hija del tío Pequeño, bailaban juntos.

Hacía tiempo que se decía si eran ó no eran novios, si le habían ó no le habían visto á él una noche, engaramado en una escalera de mano, hablando con ella por la ventana; y unos lo creían y otros no; pero aquel día los rumores se confirmaron, y se hizo general la creencia.

—Eso va viento en popa, Antonino—le decía al padre del mozo su convecino Patas-tuertas, que estaba como él chupando la pipa y mirando el baile.

—Yo no lo sé, hombre: allá ellos... pero sí parece que se tienen una miaja de ley, —contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque el tío Pequeño tenía un caudalico regular, y como no tenía más que aquella hija, era generalmente considerada como una buena conveniencia; de modo que si Luciano lograba casarse con ella, hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se formalizaron ya mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Por la tarde, después de merendar, se puso la gente en movimiento para emprender la marcha hacia el poblado.

Los mozos y las mozas daban prisa por llegar pronto al baile general que se hacía en las eras, cerca de la entrada, al cual concurrían todas las cuadrillas de gamoneros que habían estado apartadas durante el día en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba perezoso para arrancar del campamento, con la disculpa de querer acomodar bien los chismes en las alforjas; pero en realidad porque quería quedarse solo para escurrir un boto que tenía vino todavía.

—Vamos, Antonino; vamos, Antonino, —le decían todos al marchar.

—Allá voy... allá voy—contestaba él: —allá voy ahora mismo...

Pero se iba quedando, y les iba dejando marchar, hasta que efectivamente se quedó

solo y pudo hacer la suya, con lo cual se acabó de poner peripitusco.

Trató, al fin, de montar en el burro, y no podía. Le arrimó á un ribon, se subió á la parte de arriba, y desde allí, donde estaba ya casi más alto que el jumento, se tiró á montar con tal ímpetu, que le sobró fuerza y dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas á varas.

Se encontró á gusto, no hizo por levantarse, y quedóse dormido como un tronco...

Los demás gamoneros, en tanto, llegaron á las eras, bailaron en el baile grande las mozas y los mozos hasta que se cansaron, y por fin se fueron á sus casas.

Pero Antonino no aportó por la suya.

La familia á lo primero no se alarmó, figurándose que habría venido del Valle con algún vecino y habría entrado en su casa á refrendar, según costumbre.

Pero luego, cuando pasó la noche y llegó la mañana sin que el hombre hubiera acudido, empezaron la mujer y los hijos á inquietarse y á bullir tratando de averiguar su paradero...

¿Qué le había pasado?

El sereno de la noche le fué refrescando y espantando algo la cogorza, y el frío del amanecer, penetrándole hasta los huesos, le hizo despertar, diciendo tan campante:

—¡Calla! Me he dormido un poco, y ya

casi es de noche... está oscureciendo... Voy allá... Voy allá...

Y aunque bien azorrado todavía y andándose el mundo al redor, pudo al cabo montar en el burro, que cerca de él pacía tranquilamente, y echó al camino abajo.

Al salir del Bijueco al valle principal el burro, que sabía perfectamente el camino, quiso volver sobre la derecha y seguir el que conducía á la villa. Pero Antonino, que estaba completamente desorientado, creyó que aquello era marchar al revés, y le dió al jumento un palo en la cabeza hacia el arranque de la oreja de aquel lado, diciéndole:

—Torna, burro... ¿dónde quieres ir?...

El burro insistió varias veces en querer volver á la derecha para ir al valle abajo; pero como el dueño insistió en pegarle en la oreja de aquel lado para que volviera hacia el otro, al quinto ó sexto palo el animal se dejó convencer y echó á andar en dirección opuesta á la de su casa, haciéndose sin duda estas reflexiones:

—¡Bueno! Se conoce que mi amo no quiere ir para casa... Tendrá que hacer en otra parte... Apuradamente, á mí nada me importa...

Y siguió andando.

Antonino, mientras tanto, reflexionaba de este otro modo:

—¡Qué silencio!... Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Como ese alcalde es tan bruto...

Aquí daba una cabezada y se quedaba medio dormido, meditando en lo bruto que era el alcalde.

Después de andar otro rato, decía:

—Lo raro es que parece que no acaba de oscurecer... está lo mismo que cuando salí del monte... y casi, casi, parece como que se ha puesto un poco más claro... Sí, sí... indudablemente se va poniendo más claro que antes... ¡Qué cosa más rara!... Como no sea que esté amaneciendo... Pero, no... no puede ser. ¿Dónde había yo de haber pasado la noche?...

Aquí otra cabezada y otro sueñecico, bamboleándose sobre el jumento.

Cuando ya había amanecido del todo y rayaba el sol en los altos, Antonino se encontró á la entrada de un pueblo...

—¡Calla! ¿Cuándo he pasado yo el puente?... —se dijo.—No he dado cuenta... Pero sí, ya estoy en el pueblo, no hay duda... Aquí están las casas...

Y empezó á fregarse los ojos porque no distinguía la suya...

Andaban por allí unos rapaces enredan-

do, y se le ocurrió llamar á uno diciéndole:

—¡Chico!... Ven acá... haz el favor de enseñarme á mi casa... que parece que no veo bien...

Y seguía fregándose los ojos con el revés de la mano.

El rapaz, al ver á un hombre forastero que preguntaba por su casa, se echó á reír y se volvió hacia los otros, diciendo:

—¡Chachos! ¡Este tío que anda preguntando por su casa, y no es de acá!...

Acudieron los otros rapaces, se arremolinaron á él chanceándose maliciosamente al conocer que estaba chispo; y al oír los aspavientos que hacían, fué acudiendo luego mucha más gente á ver el milagro, ó lo que resultara.

Uno de los que salieron al oír la algazara fué el tabernero, que, conociendo á Antonino, se acercó á saludarle.

—¡Hola, ciudadano! ¿Cómo por aquí?— le dijo el tabernero.

—Pues verás, hombre... verás... —le respondió Antonino, perezosamente al ir dándose cuenta de que no estaba en su pueblo, sino en Aldeaoscura.—Verás lo que me trae á visitaros... Que hemos estado de recolección de gamones, y vine á traer el almuerzo á la gente montado en el burro... y el animal... se me extravió de modo que

no he podido encontrarle... Y vine á ver si acaso le habíais visto por acá...

—¡Ah! ¿pero ese en que vienes montado no es el tuyo?... — le replicó el tabernero.

—¡Ah! ¿pero vengo montado... pero vengo montado en un burro?... ¡Calla! es verdad... Pues entonces... no se me ha extraviado... es que lo soñé, se conoce...

—Sí, eso sería,—le dijo el tabernero haciendo esfuerzos por no reirse.

—Eso fué, sí... y entonces me voy para casa... si acierto.

—¿Quieres echar un vaso?...

—Sí, hombre... siempre... ¿Cuándo Sevilla no quiso trago, que diga, trigo?...

—Bueno, pues ven; que falta no me parece que traes, pero también dicen que un clavo saca otro clavo, y acaso echando un sorbo te despejes...

—Tenlo por seguro... En cuanto beba otro trago me quedo como un reló... Lo sé por experiencia.

Después de descansar un rato y refrendar el pasaporte en la taberna de Aldeaoscura, volvió á montar en el burro, ayudado por el tabernero, que salió del lugar á ponerle en camino y le dijo al despedirse:

—Tú deja al burro, que el burro te llevará á casa.

Porque ya veía el tabernero que lo que es él no estaba para conocer el camino.

Hacia casa iba, en efecto, Antonino conducido fielmente por el burro, cuando, á la mitad del Valle, se encontró con su hijo que le andaba buscando.

—¿Qué le sucedió á usted?—le preguntó el mozo.

—Nada, hombre, nada de malo,—contestó él.

—¿Pero cómo no acudió anoche?—insistió el hijo.

—Si te he de decir la verdad—le contestó,—casi no lo sé... Primero creo que me dormí... Después, el burro se empeñó en que habíamos de ir á Aldeaoscura, yo en que no, y se salió él con la suya... Después creí yo que se me había perdido el burro... Después el burro... no se me había perdido... y luego... el demonico que lo entienda...

—¡Y yo buscándole á usted toda la mañana!—añadió con profunda tristeza el muchacho.

—Pues... ahí verás... lo que son las cosas... y lo bruto que es el alcalde...

Cerca de mediodía entraban en Villanoble Antonino y Luciano, el padre montado en el burro, y el hijo de paje, bajo las miradas burlonas de la gente.

La familia trató luego de explicar bue-

namente el suceso, despojándole de toda malicia y debilidad, con la relación de que el presunto extraviado no había venido para casa desde el gamonal porque se había acordado que tenía que hacer un negocio en Aldeaoscura, y había querido ir desde allí, aprovechando la ventaja de encontrarse ya á medio camino. Pero de nada sirvió esta explicación, porque desde luego no la creyó nadie, y porque además, al día siguiente, por personas venidas de Aldeaoscura, se supo la historia con pelos y señales, quedando perfectamente aclarado que todo ello había sido efecto de una descomunal borrachera... Con lo que el pobre Antonino fué por mucho tiempo blanco de las burlas del vecindario.

Y no fueron estas burlas lo peor ni lo más triste, sino que Cesárea, la hija del tío Pequeño, que el día del gamonal precisamente había dado el sí á Luciano, autorizándole para que la pidiera á sus padres, le dijo al día siguiente que nones.

Insistió el muchacho, pero fué inútil; como lo fué también el que la madre de la novia intercediera por él, diciendo á su hija:

—Mujer, el mozo no parece malo, y de las cosas de su padre no tiene culpa... Ya, si es que le diste palabra...

—¡Ay! No señora, no—la respondía la

muchacha: — no quiero yo que mañana el padre de mi marido sea la irrisión de la gente... Cuan más, que puede ser que el hijo salga todavía otro tal y tan bueno, porque siempre diz que se suelen parecer los cascos á la olla.

Y no hubo quien la sacara de su negativa.

EL BURRO ENCANTADO

Al arroyo de Valdetiego, en el camino de Villanoble á Estercolera, llegaba Victorino, cuando sintió patuquear tras de sí, volvió la cabeza y se encontró con su vecino y especial amigo Bonifacio, más conocido por *Narices*, á causa de la frecuencia con que repetía esta interjección huyendo de otras más usuales y menos inocentes, el cual iba montado en un burrín espeluciado y tan pequeño que casi le dejaba posar los pies en el suelo.

—¡Hombre!... ¿A dónde caminas de parte de tarde?—dijo Victorino al que llegaba.

—Allá voy á la *ciudad*,—le contestó su amigo, pronunciando la última palabra con marcada ironía.

—¡Valiente ciudad de M...orcilla!—replicó el primero.

—¡Ya, ya, narices!... ¿Y tú vas allá también?

—También voy á ese pueblo indecente y